

...que su redactor lo suspendiera para escribir en su lugar "El Noticioso."

CAPITULO XVII.

ANGELA PERALTA.—PRISION DE IRENEO PAZ;

En compensacion, otros buenos hijos de Jalisco repartidos por todos los Estados en que habia fuerzas republicanas, lucharon sin cesar contra la intervencion: unos a las órdenes del general Régules, en Michoacan; otros con D. Mariano Escobedo, en Tamaulipas, la mayor parte, con el inmaculado jalisciense D. Ramon Corona, en Sinaloa, y no faltaron otros a las órdenes del general Diaz, en Oaxaca. Muchos jóvenes que por diversas circunstancias de familia, no pudieron continuar luchando con las armas en la mano, lo hicieron en el periodismo. Ireneo Paz, por ejemplo, fundó "El Payaso," periódico de estilo jocoso, que saltó a la liza con un brío extraordinario. En obsequio de la verdad, aunque con pena, debemos decir, que

no obstante las instituciones autocráticas de entonces, la prensa de oposicion disfrutó de una libertad que ahora sería enviable. Fué "El Payaso" de tanta popularidad, que aun el Emperador mandó pedir una coleccion, por conducto del Comisario imperial; sin embargo poco tiempo despues, fué necesario que su redactor lo suspendiera para escribir en su lugar "El Noticioso."

En Octubre de 1886 llegó a Guadalajara, nuestra inolvidable compatriota y distinguida artista Angela Peralta de Castera; ella estrenó el gran "Teatro Degollado", aunque faltándole entonces, el magestuoso frontispicio, la mayor parte de su ornamentacion interior y el elegante mobiliario que ahora tiene. La ciudad gozó por algun tiempo de las obras inmortales de Verdi, Meyerbeer, Donizetti, Bellini, Rossini y otros grandes maestros, admirablemente interpretados por el Ruiseñor mexicano; casi olvidaron los habitantes, los terribles sufrimientos de la patria, sojuzgada por el sable frances.

La noche en que la Peralta cantó por última vez en esta temporada, el público concurrió en masa con el fin de tributar sus más ardientes homenajes a la distinguida prima donna. La funcion prometia estar espléndida, y por la tarde ya se ofrecian grandes cantidades hasta por un palco tercero. Se

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

habian dispuesto diversos actos de óperas, concluyendo con el último de "Un Ballo in Maschera," en que la Peralta hacia el papel de paje.

Ireneo Paz, en su obra interesantísima "Algunas Campañas," refiere, como él sabe hacerlo, un incidente ocurrido en esa noche memorable: dejémosle á él la palabra, con lo cual saldrán gananciosos nuestros lectores.

"El jóven esposo de la Peralta que habia sido mi compañero de colegio y á quien no conociamos en Guadalajara como Cas-tera sino como Eugenio Nicol, por haberse educado en la casa del viejo Nicol, me comprometió delante de ella, con quien tambien cultivé amistad íntima, á que le dijera algo aquella noche. ¿Qué habia de hacer? El talento de esa gran artista me tenia extasiado; además, hubo otras circunstancias que no pude desatender, y á riesgo de todo, me presenté en pleno teatro al ser llamada á la escena por la centésima vez, y tuve, quién sabe si el valor ó la insensatez de recitarle una poesía compuesta por mí para aquella noche, con sus alusiones indispensables.—Una de mis estrofas decia:

¡Ah! de tantas alegrías,

Nos quedará la memoria!....

Hoy las penas son impías....

Tal vez en mejores días

Amaremos más tu gloria.

No se necesita agregar que mi composicion fué aplaudida con frenesí. Estábamos dominados por la ley del sable y divi-
"ábamos en el porvenir una perspectiva de libertad, ¿cómo no habíamos de dar expansiones á nuestro aprisionado entusiasmo?

Angela Peralta conmovida, quizás electrizada por la solemnidad del momento, se precipitó en mis brazos, significando así, que estrechaba en su seno á todos los buenos mexicanos: el público se puso entonces delirante. El escenario se inundó materialmente de flores, y cuando ya no habia flores que arrojar, llovieron sombreros, capas, abrigos de señora y cuanto se encontraba que pudiera significar una manifestacion de simpatía.

La orquesta, por sí sola, sin ser impulsada por nadie, tocó ruidosas y alegres dianas.

Como por encanto se llenó el teatro de cirios encendidos para sacar en procesion á la querida artista mexicana. Alguno dijo en medio del tumulto, que era necesaria esta ovacion, y fué hecho todo lo que se requería, con la prontitud de un relámpago.

Los gritos de entusiasmo continuaron mientras Angela Peralta cambiaba de traje y yo pude escabullirme huyendo en

parte, de las consecuencias, bien que estas me importaban ya poco, á la altura en que nos encontrabamos.

Mi casa estaba cerca del teatro, la procesion pasó por allí y algunos de los que iban en ella me nombraron, empezando á pedirme á voces. Salí al balcon y saludé; pero se manifestaba gran empeño en que dijera alguna cosa. El momento se presentaba comprometido porque el Alcalde Mayor en persona, habia dado el brazo á la Peralta para responder mejor de la tranquilidad pública. Toda la comitiva estaba detenida delante de mis balcones; tuve entonces que revestirme de resolucion, y pronuncie estas breves palabras:

"¡Saludo al génio! ¡Saludo á los que lo comprenden y lo admiran! En este instante se presenta á nosotros como el símbolo de la libertad; desearia que todas esas hachas se convirtieran en fusiles y que todos esos corazones mexicanos palpitanes de entusiasmo, fueran otros tantos cañones que pudieran volverse contra aquellos á quienes puede considerarse como enemigos de la patria."

Yo callé y el Alcalde Mayor hizo impulso para que la comitiva pasara adelante; pero como la multitud insistia en que yo continuara hablando, vitoreé al pueblo y á la artista mexicana, saludé y me metí:

El dado estaba ya tirado; menos que eso se necesitaba entonces para ser llevado á una prision. La mia no debia tardar, supuestos aquellos antecedentes y desde luego me dedique á hacer mis preparativos para evadirme de Guadalajara. Algunos amigos estaban dispuestos á acompañarme, y solo nos faltaba proporcionarnos unos pasaportes que yo podia adquirir, pues no habia camino que no estuviera extrictamente vigilado. La ley marcial estaba decretada y sin necesidad de ella se fusilaba á todos los sospechosos que eran encontrados fuera de las poblaciones.

Nuestra situacion acabó de decidirse con la orden de suspension dictada por el comisario imperial contra "El Noticioso" que yo redactaba. Esto dió margen á otra nueva imprudencia mia, pues consideraba ya insufrible semejante yugo. Mandé fijar en todos los lugares públicos unas tiras con el siguiente relato: "Por orden del general D. Ignacio Gutierrez, se suspende la publicacion de *El Noticioso*. Se despide de sus lectores hasta mejores dias."

Se produjo el escándalo consiguiente; la policia fué encargada de arrancar las tiras y de buscar al editor responsable. Tenia, pues, tiempo de huir mientras se practicaba la inquisitoria. Ya todo estaba listo y solo me faltaba recoger algun dinero de

mis clientes para dejar asegurada la subsistencia de mi familia.

El día 12 de Noviembre de 1886 fué el designado para salirme de la ciudad. Me levanté temprano y salí á la calle para hacer mis últimos arreglos. En la noche anterior fueron aprehendidos el coronel Casimiro Paz y Celso Ceballos, sin motivo que justificara el procedimiento. Quizás era tiempo de salvarme todavía observando algunas pequeñas precauciones.

Volví á mi casa llevando un pequeño obsequio á mi esposa.

—Voy otra vez á la calle la dije; si no vuelvo á comer es porque estoy preso:

—Pues no salgas, me dijo llorando.

—Es de todo punto preciso le contesté abrazándola; y me marché.

Tenia nada menos que recoger de la Prefectura los necesarios pasaportes en blanco que debía proporcionarme un amigo.

Un joven llamado Juan Villa, que había sido mi condiscípulo de colegio y que á la vez se encontraba empleado; me saludó muy afectuoso y me dijo tomando su sombrero:

—¡Cuánto me alegro de verte por aquí!

Tengo un negocio muy importante que comunicarte. En cin-

co minutos estoy de vuelta; me ha mandado llamar el Prefecto,

Algo encontré de extraño en todo esto, pero nunca me figuré que Juan Villa fuera un delator.

—¿Qué deseabas de mí? le pregunté cuando volvió.

—Nada, me contestó con la voz alterada, creía que traías algún negocio en que pudiera servirte.

—¡Ah! comprendo, murmuré tristemente, y nos despedimos.

Al salir del palacio, me encontré con dos policías que me esperaban. Mi sospecha se realizaba.

—¿Quién avisó á Vds. que aquí me encontraba? les pregunté.

—El señor Villa, me contestó uno de ellos.

El otro me insinuó que volviera con disimulo la cabeza.

El denunciante estaba en el balcón solazándose en su obra:

Siempre me resisto á encontrar sentimientos perversos en personas educadas y siempre soy víctima de ellos... Sin aque-

lla denuncia, la tarde y noche habrían sido bastantes para ponerme fuera del alcance del general Gutierrez.

Como el trecho que hay entre el Palacio y la Penitenciaría de Guadalajara es bastante largo, ensayé con mis conductores el recurso de la seducción, ofreciéndoles hasta lo que no podía

cumplirles; pero solo uno de ellos se mostró flexible. Apelar á la violencia no era posible por que no estaba armado.

Al llegar a la prision hice otro impulso que tambien me salió fallido. Cuando llegamos á una galería enteramente solitaria, próxima á la puerta de hierro que habia de cerrarse tras de mí con pesados cerrojos, me detuve resueltamente. Creía contar con uno de aquellos hombres que se habian manifestado en mi favor.

—Aquí lo arreglamos por bien ó por la fuerza les dije: Uds, me van á dejar escapar.

Se cambiaron ambos algunas palabras en secreto y me dijo uno de ellos.

—Esta bien, vámonos arreglando.

Tomé mi relex de oro con todo y cadena, recojí de mis bolsillos cuanto dinero llevaba, me saque del dedo una sortija, é iba á entregarles todo esto, cuando apareció un hombre á nuestra espalda que dijo con tono imperioso:

—¿Qué hacen uds, aquí?

—El Jefe! exclamó uno de mis guardianes.

Ya no hubo recurso alguno: fui encerrado en aquella cárcel húmeda y sombría, en el galeron abovedado donde se encontraban todos los infelices consignados á las cortes marciales.

El Carcelero que era un sargento de grandes bigotes, con una cicatriz en la cara, abrió un calabozo que estaba á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos....”

CAPITULO XVII